

El camino de la espada

Versión de Eesha Sardesai

Las espadas chocaban y giraban en el aire. Los hombres que las empuñaban se movían con precisión, los pies ágiles, y su vestimenta ondeando con cada paso que daban. A la distancia estaba el Monte Fuji, custodiando desde lo alto el salón donde ellos practicaban. Su majestuosa cumbre blanca era testigo de todo lo que ocurría en las aldeas ubicadas abajo.

Shiroha, un hombre joven de aproximadamente veinte años, observaba maravillado a los espadachines. Siempre había querido aprender este arte marcial, pero su familia era muy pobre como para enviarlo a tomar lecciones. Cuánto anhelaba estar ahí con esos hombres y, como ellos, fluir con el lenguaje de la espada.

A esta habilidad en el manejo de la espada en particular se le llamaba Kendo, y era venerada en Japón. Más que combate, su propósito era cultivar el carácter de los iniciados: inculcarles valores tales como la disciplina, el honor y la integridad personal. Ciertamente, había algo en la manera en que los espadachines se movían —en el combate, pero también en el mundo— que parecía modificar las moléculas de la atmósfera a su alrededor. En su presencia, Shiroha siempre mantenía una postura más erguida. Su cuerpo, su ser mismo, no podía evitar responder con respeto.

Había varias parejas de estudiantes combatiendo ese día. Habían estado en ello durante horas con sus espadas plateadas resplandeciendo con la luz del sol. El sensei, o maestro, finalmente caminó hacia el frente del salón. Era un hombre de edad considerable, de mandíbula fuerte y cabello entrecano.

—Pueden bajar sus espadas —declaró el sensei. —Es suficiente por hoy.

Mientras los estudiantes recogían sus pertenencias, Shiroha se acercó a este hombre.

—Por favor, Sensei —dijo Shiroha. —Me gustaría aprender de ti el camino de la espada.

El sensei lo miró atentamente. —¿Te gustaría? —preguntó.

—Sí —dijo Shiroha. —No tengo dinero para las lecciones, pero si me aceptas como tu estudiante, trabajaré muy, muy duro. Ya verás.

—¿Ah sí? —preguntó el sensei arqueando una ceja. —¿Qué tan duro estás preparado para trabajar?

—Vendré a tu clase cada día, a partir de mañana.

—Es un buen comienzo —dijo el sensei. —Si estudias a ese ritmo, luego de veinte años serás un espadachín medianamente competente.

Shiroha se desconcertó con esto. ¿Tendría que estudiar veinte años? ¿Solo para ser *medianamente* competente?

De inmediato se dio cuenta de su error. —Estudiaré más —dijo.

—Estudiaré antes y después de clases. De la mañana a la noche estudiaré.

El sensei se frotó el mentón.

—En ese caso, serás capaz de usar la espada luego de treinta o cuarenta años.

Shiroha no entendía. ¿Ahora le tomaría *cuarenta* años?

—Estudiaré durante la noche —dijo.

—Cincuenta años —dijo el sensei.

—Me saltaré las comidas. Dejaré todas las demás actividades. Me concentraré en el Kendo y solo en el Kendo.

—Ah —dijo el sensei, —si haces eso, tal vez tengas la oportunidad de volverte competente hacia el final de tu vida. No hay garantía, por supuesto. Incluso tal vez necesites apartar algunos años de tu vida siguiente para terminar tu estudio.

Shiroha se quedó sin palabras.

—Por favor —dijo finalmente, —dime qué puedo hacer para aprender el camino de la espada. Todo lo que me digas, eso haré. El tiempo que se requiera, haré el esfuerzo.

El sensei sonrió. —Muy bien —dijo. —Regresa mañana y partiremos de ahí.

Así, justo después del alba de la mañana siguiente, Shiroha emprendió el camino de regreso al salón. Vestía ropas nuevas para la ocasión. —*¿Qué movimientos aprenderé hoy?* —se preguntaba con ilusión. —*¿Qué pasos, qué golpes de espada?*

Aún reflexionaba en ello, con una sonrisa ausente, cuando se acercó al salón. Pero cuando se acercó más, se dio cuenta: ¡ahí no había nadie!

Confuso, Shiroha miró a su alrededor. —¿Sensei? —llamó. —¿Estás aquí?

El sensei residía en una casa pequeña al lado del salón. Mientras lo llamaba, Shiroha escuchó un sonido proveniente de esta casa. Un momento después, uno de los asistentes del sensei salió, trayendo consigo una escoba y un trapo húmedo.

—¿Shiroha? —dijo el asistente. —Aquí tienes. Empujó la escoba y el trapo húmedo hacia las manos de Shiroha. —El sensei dijo que te diera esto.

Perplejo, Shiroha miró los utensilios de limpieza. —¿Qué se supone que haga con esto? —dijo.

—¿Qué quieres decir? —replicó el asistente. —Debes asear el salón.

—Pero... debe haber algún error. Yo no estoy aquí para limpiar. ¡Estoy aquí para aprender Kendo!

—El sensei no comete errores —dijo el asistente. —Ahora, si yo fuera tú, me pondría a limpiar. La gente llegará pronto para la práctica.

Shiroha miró al asistente mientras se iba, con la escoba y el trapo colgando de sus manos. Finalmente, cambió su mirada hacia el piso, donde se había juntado el polvo. Respiró hondo y empezó su trabajo.

Limpió durante cerca de una hora, con cara larga y los movimientos de su escoba lentos y desolados. Y luego, de repente, *¡zas!*

—¡Eh! —exclamó.

Se dio la vuelta y se encontró con su maestro sonriéndole serenamente.

—¡Sensei! —Shiroha dijo sorprendido. En las manos del sensei había una delgada espada de madera. —¿Fuiste tú quien acaba de pegarme?

—Sí, lo hice —dijo el sensei.

—Pero ¿por qué? —preguntó Shiroha. —Estoy limpiando el salón, como lo pediste.

—Sí, lo estás haciendo —dijo el sensei. —Pero eso no significa que no debieras estar preparado.

De nuevo, a Shiroha le faltaron las palabras.

—Bueno, no sigas mirándome así —dijo el sensei. —Continúa trabajando.

Shiroha siguió limpiando. Cuando terminó, el sensei le pidió que fuera a la cocina y preparara la comida del día. Después de que Shiroha hubo cocinado, el sensei le pidió ocuparse de los jardines que rodeaban su residencia.

A veces, cuando Shiroha menos lo esperaba, ¡zas! El sensei se acercaba sigilosamente por atrás con la espada de madera. Esto ocurrió una y otra vez hasta que, hacia el final del día, Shiroha se sentía sumamente confundido y casi llegando a su límite.

—Entonces, Shiroha... —dijo el sensei mientras Shiroha se preparaba para irse.
—¿Regresarás mañana?

Shiroha hizo una pausa.

—Sí, Sensei —dijo en voz baja.

Shiroha trabajó para el sensei durante muchos meses, realizando toda clase de tareas. Ni una sola vez durante ese tiempo se unió a las sesiones de práctica de Kendo; ni una sola vez pudo empuñar una espada. Cada cierto tiempo, tocaba el tema de su entrenamiento con el sensei. —Por favor, Sensei —preguntaba con timidez, —¿puedo aprender hoy cómo pelear?

Cada vez, el sensei respondía: —Paciencia, Shiroha. Estás aprendiendo lo que necesitas.

Todo el tiempo, el sensei seguía apareciendo al azar con la espada de madera. ¡Zas!, cuando Shiroha picaba vegetales. ¡Zas!, cuando limpiaba el piso. ¡Zas, zas, zas!, cuando Shiroha podaba los arbustos.

No obstante, conforme pasó el tiempo, ocurrió algo divertido. Shiroha estaba plenamente centrado en la tarea encomendada; su atención absorta en el trabajo. Pero su *cuerpo* empezó a escuchar. Su conciencia parecía ampliarse y expandirse, y ganar una nueva textura; o quizá esta textura había estado ahí siempre y solo hasta ahora la estaba descubriendo. Podía escuchar el ligero silbido de la espada en el viento, aun antes de que lo tocara y, de manera intuitiva, sabía qué hacer. Sabía adónde ir. Se convirtió en una danza; la espada lo embestía y él se deslizaba a un lado. La espada se lanzaba hacia él, y su brazo se deslizaba hacia arriba para bloquearla.

Un día, Shiroha estaba en el jardín. Era hermoso: las hojas de los árboles eran de un encendido color carmín, la cumbre del Monte Fuji resplandecía con la luz del sol.

Fuuuuiiiiiijjjhhhh.

Shiroha conocía el sonido. Y mientras sus oídos lo captaban, todo se volvió silencio. Todo se hizo más lento; el tiempo se volvió elástico. Sentía su pecho subir y bajar, el aire moviéndose por sus pulmones y, con un movimiento fluido, se movió hacia un lado y giró. Tomó el brazo extendido del sensei, deslizó la empuñadura de la espada de las manos del sensei, y la sujetó con las suyas.

—¡Oh! —dijo Shiroha. El tiempo regresó a la normalidad y Shiroha vio realmente la espada por primera vez. Sintió el peso en sus manos. —Sensei, esta es una espada de *verdad*.

—Así es —dijo el sensei.

—Sensei, no entiendo —dijo Shiroha.

—Estoy muy orgulloso de ti, Shiroha —respondió el sensei. —Mira qué lejos has llegado en tu entendimiento de Kendo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Shiroha. —Ni siquiera he empezado mi práctica.

—¿Qué crees que estuviste haciendo, Shiroha, todas esas veces que respondiste al llamado de mi espada?

Shiroha pensó por un momento.

—Supongo... que estaba haciendo lo que surgió de manera natural.

Shiroha alzó la mirada y vio que el sensei le sonreía

—Sí —dijo el sensei. —Sí, exactamente. Hiciste lo que surgía naturalmente. Ahora puedes unirte a mis clases.

